



«contra el origen divino del Cristianismo (1).» En efecto, vemos que estas analogías dan materia para algunas chanzas enfáticas de Volney (2).

Al pronto no se combatieron estas objeciones más que con respuestas negativas. Fischer demostró que ningún escritor anterior al siglo XIII hace conjeturar la existencia de tal sistema, y que no puede producirse ninguna prueba de su antigüedad; mas había sido moda fundarse en conjeturas plausibles para atribuir una antigüedad, extravagante á todas las instituciones del Asia Central. La fecha venerable que se señalaba á la fundación de esta secta religiosa, concordaba perfectamente con la hipótesis científica de Bailly concerniente al mismo país, y corría parejas con el sistema novelesco que había colocado la cuna de la filosofía en las montañas de la Siberia ó en las sábanas de la Tartaria. Desde entonces el estudio de las lenguas y de la literatura asiática ha dado un paso gigantesco, y la consecuencia ha sido la refutación de tantas hipótesis extravagantes sacadas de las obras mismas de los escritores del país.

Abel Rémusat es también el autor á quien debemos este descubrimiento precioso. En una memoria interesante nos ha dado á conocer un fragmento notable conservado en la Enciclopedia japonesa, que contiene la historia verdadera de la jerarquía de los lamas. Sin la noticia de este fragmento, tal vez hubiéramos permanecido siempre entregados á vagas conjeturas, y con su auxilio podemos combatir los sueños quiméricos, bien que especiosos, de nuestros adversarios. Suponiase que el dios Buddha se perpetuaba él mismo sobre la tierra en la persona de sus patriarcas indios. Su alma pasaba sucesivamente al cuerpo de algún nuevo representante, elegido indistintamente en todas las castas, y el depositario de su divinidad tenía tanta fe, y estaba tan seguro de poseer un preservativo cierto contra la muerte, que acostumbraba librarse de los achaques de la vejez subiendo á una pira funeral, desde donde esperaba tomar vuelo como el fénix hacia una vida enteramente nueva. El dios habitó aquel país hasta el siglo V de nuestra era, en cuya época juzgó prudente abandonar la parte meridional de la India, y fijar su residencia en la China. Su representante recibió el título de *preceptor del reino*; pero, parecido en esto á

(1) *Compendio de la geografía universal*; París, 1812.

(2) *Ruinias*; París, 1820.

los últimos califas de Bagdad, no ostentó más que el vano esplendor de un título religioso en la corte del Celeste Imperio.

La sucesión de los jefes sagrados continuó en este estado precario por más de ocho siglos, y por fin, en el XIII, la casa de Tching-kis-Kan los libró de su dependencia, y les concedió nueva porción de territorio. Voltaire ha dicho que Tching-kis-Kan era demasiado buen político (1) para querer turbar el reino espiritual del gran Lama en el Tibet, y sin embargo, no había entonces reino en el Tibet, ni residía aún allí el gran sacerdote del lamanismo, ni tampoco se usaba el nombre de Lama; el nieto del conquistador fué quien puso la soberanía en el jefe de su religión treinta y tres años después de aquel; y como el Buddha que vivía entonces era natural del Tibet, se le dió este país para gobernar. Así es que la montaña de Pootala ó Botala (2) vino á ser la capital de aquel reino religioso, cuyo gobernador recibió por primera vez el título distintivo de Lama, que significa sacerdote.

Esta historia del origen de la dinastía *lamánica* concuerda perfectamente con otro documento interesantísimo publicado últimamente, y es una descripción del Tibet, traducida del chino al ruso por el P. Jacinto Pitehourinski, archimandrita (3), y del ruso al francés con correcciones hechas según el original chino por Julio Klaproth (4). Este documento nos manifiesta que Tching-kis-Kan invadió el Tibet y estableció un gobierno que comprendía el mismo Tibet y sus dependencias. El emperador Khubilai, viendo que era difícil gobernar aquel país lejano, discurrió un medio para someterle que convenía con las costumbres del pueblo. Dividió el país de *Tson-phos* en provincias y distritos, nombró oficiales de diferentes categorías, y los sujetó á la autoridad del *Tiszu* (preceptor del emperador): *Bhachbah* ó *Pragho*, natural de Sarghia en el Tibet, desempeñaba entonces este cargo. A la edad de siete años ya había leído todos los libros sagrados, y comprendía sus más sublimes pensamientos, por lo cual le apellidan *el hijo del espíritu*. En 1260 recibió el título de rey de la *grande y preciosa ley* y un sello de jaspe oriental, siendo revestido además de la dignidad de *jefe de la religión amarilla*. Sus hermanos, hijos y

(1) *Filosofía de la historia. Ensayo acerca de las costumbres*. Abel Rémusat.

(2) Véase el *Nuevo diario asiático*, Octubre, 1829.

(3) San Petersburgo, 1828.

(4) En el *Nuevo diario asiático*, Agosto y Octubre, 1829.



descendientes desempeñaron empleos eminentes en la corte, y recibieron sellos de oro y jaspe oriental. La corte recibió á Bhachbah con distinción, tuvo una fe supersticiosa en él, y no omitió ningún medio de cuantos podían contribuir para hacerle respetar (1).

Cuando los patriarcas budhistas empezaron á establecerse en el Tibet, se hallaba este país en relación inmediata con las regiones cristianas; no solamente los Nestorianos tenían fundaciones eclesiásticas en la Tartaria, sino que algunos religiosos italianos y franceses, encargados de comisiones importantes por el papa y por el rey San Luis, visitaban la corte de los kanes. Llevaban consigo ornamentos de iglesia con intención de producir una impresión favorable en los indígenas; y para este efecto celebraron su culto en presencia de los principes tártaros, que les permitían erigir capillas en el recinto de los palacios reales. Un arzobispo italiano enviado por Clemente V estableció su silla en la capital del Tibet, y mandó levantar una iglesia donde se convocaba á los fieles al tañido de tres campanas, y se veían pintados en las paredes muchos asuntos sagrados (2).

No había cosa más fácil que inducir á varias de las sectas diversas que poblaban la corte del Mogol, á admirar y adoptar las ceremonias de nuestra religión. Algunos miembros de la familia imperial abrazaron secretamente el cristianismo; muchos mezclaron las prácticas de este con las de su propia creencia, y la Europa se regocijó y entristeció alternativamente con las noticias de las conversiones imperiales y el descubrimiento de su falsedad (3). Otras voces iguales que corrieron sobre Manghu, prohibieron las misiones de Rubriques y Ascellino. No es extraño que los lamas, cuya religión empezaba entonces á revestirse de esplendor y de pompa, rodeados de tales ceremonias é instruidos por boca de los embajadores y misioneros del Occidente en el culto y jerarquía católicos, adoptasen unas instituciones y prácticas con que estaban familiarizados, y que había admirado ya el pueblo, á quien deseaban ganar. Las coincidencias de tiempo y lugar, y la no precedente existencia de esta monarquía sagrada, demuestran ampliamente que la religión del Tibet no es más que un ensayo de imitación de la nuestra. No creo que deba seguir al docto académico en la serie de su historia sobre esta dinastía religiosa, que

(1) *Ibid.*, Agosto.

(2) Abel Rémusat.

(3) Assemanni, *Bibl. orient.*

ha permanecido hasta nuestros días bajo la dependencia de los soberanos chinos, respetada juntamente y perseguida, adorada y oprimida. Mas ha sido destituida para siempre de sus presunciones de antigüedad, y después de un maduro exámen han tenido que desecharse completamente las razones alegadas para hacerla rival y aun madre del Cristianismo.

He prolongado mi digresión hasta aquí para prevenir todas las reflexiones que pudiera sugerir esta materia; mas sería injusto abandonarla sin hacer mención de la gloriosa preeminencia que cabe á Inglaterra en la prosecución de estos estudios. Si la educación no los ha formado como á otros europeos del continente, para investigaciones tan profundas en las partes más abstrusas de la literatura asiática, á lo ménos han contribuido por los muchos medios que ha puesto á su disposición la divina Providencia, á ilustrar muchas cuestiones, que de otro modo hubieran quedado oscuras y ocultas; y verdaderamente sería vergonzoso para su gloria si en los siglos venideros no presentase la historia de todas las colonias inglesas más que una balanza de las importaciones y exportaciones á las indagaciones del filósofo, y si los reglamentos de las rentas anuales del tesoro nacional ó los anales de su poderoso imperio en las Indias, no ofreciesen otra cosa que un establecimiento compuesto de agentes militares y comerciales, que se perpetúan en medio de las escenas variadas de guerras mercantiles y de régias especulaciones. Es honroso para su carácter nacional, y una gran prueba de su energía moral, que hayan hecho tantas cosas aquellos exploradores, cuyas profesiones parecían necesariamente poco conexas con los estudios literarios y científicos, y aún no sé si la honra que resultará del mérito personal de tantos sujetos ilustres, destruirá la especie de descrédito que condena el establecimiento inglés en la India. La posteridad no dejará de notar que, al paso que la Francia enviaba sábios y literatos en pos de sus ejércitos cuando la expedición á Egipto, para que le trajeran monumentos de aquella apartada región, la Inglaterra no ha necesitado hacer tal distinción, y ha encontrado entre los que daban las batallas y dirigían las operaciones militares, hombres capaces de dejar la espada para tomar la pluma, y de describir todos los monumentos interesantes con tanta sagacidad y erudición, como si las letras hubieran sido su ocupación única (1). Esperamos

(1) Uno de ellos el coronel Tod.



experimentar muy pronto un sentimiento nacional más elevado: la fundación de la Comisión de traducción de obras orientales bajo el patronato Real, ha aumentado ya mucho el fondo de los conocimientos en este género. Ella ha interesado en los progresos de estos estudios á los que de otro modo se hubieran inclinado poco por sí á fomentarlos; ha rogocijado á más de un sábio, que sin eso hubiera perecido en una oscuridad silenciosa; y ha estimulado á muchos que no se hubieran sentido con las fuerzas necesarias.

Eoam tentare fidem, populosque bibentes
Euphratem...

Medorum penetrare domos, Scythiosque recessus
Arva super Cyri Chaldæique ultima regni,
Qua rapidus Ganges, et qua Nyssæus Hidaspes
Accedunt pelago (1).

LUCANO VIII, 213.

(1) Para ir á tentar la fe oriental y los pueblos que beben el Eufrates, para penetrar en las moradas de los medos y en las guaridas de los escitas, más allá de los últimos confines del reino de Ciro y del caldeo, por donde desembocan en el mar el impetuoso Ganges y el Hidaspes que baña á Nisa.

Tradiciones primitivas.—Datos bibliográficos de los «Anales católicos.»—Notas interesantes para los estudios históricos.—Confirmación de la Biblia y de las tradiciones egipcias y griegas por los libros jeroglíficos hallados y conservados en la China.

III

Tradiciones primitivas.—Datos bibliográficos de los «Anales católicos.»—Notas interesantes para los estudios históricos.—Confirmación de la Biblia y de las tradiciones egipcias y griegas por los libros jeroglíficos hallados y conservados en la China.

Reuniendo afanosamente los datos más importantes sobre las tradiciones primitivas, no queremos prescindir de la inserción de los que nos presta, en forma crítico-bibliográfica, el sábio é ilustre abate Bonnetty, ocupándose en el análisis de una obra sobre esta materia.

¿Quereis recorrer el Asia y leer monumentos que nadie jamás habia leído? ¿Quereis oír las extinguidas voces despues de tantos siglos, y hacerlas reaparecer en el mundo con juvenil novedad? ¿Quereis penetrar en los misterios más secretos del mundo antiguo, leer sus más antiguos libros sagrados, sus más antiguos libros históricos, y ver en ellos por todas partes pruebas de la unidad de origen de todos los pueblos, de la semejanza de todas las religiones, de la identidad de una lengua universal?

¿Quereis, sobre todo, hallar entre los chinos la historia de los pueblos primitivos y antediluvianos, la historia de Adam y de Eva, de los patriarcas, de los fundadores de los primeros imperios, conservada en sus caracteres, en su lengua y en su historia? ¿Quereis, por último, abordar las cuestiones más difíciles, los más numerosos problemas históricos, agrupados y explicados segun un sistema simplicísimo, ver resueltos los más pavorosos problemas, criticados con la más grande osadía y la más imperturbable buena fe?

Leed, pues, la obra de M. Paravey, pequeño volumen, pero suficiente para resolver todas las cuestiones que él suscita, tarea por demás sobrada para toda vuestra vida, por larga que ella sea.

En justificación de lo que acabamos de decir, vamos á tratar de dar una idea general de los problemas históricos tratados por M. de Paravey, dando á su vez el plan de su vida, consagrada toda al estudio.

OBJETO DE LOS TRABAJOS DE M. DE PARAVEY.—SU PLAN DE VIDA

No es fácil descifrar lo que hay de real ó de

sistemático en los trabajos de M. de Paravey; estos trabajos pueden ser juzgados de un modo muy diferente, y en general podemos asegurar que han sido juzgados con mucha ligereza y con poca benevolencia. Pero en sus trabajos, fácil es ver su objeto, y haciéndole justicia, es digno de ser alabado. Este objeto está bien explicito en los dos epígrafes siguientes, que vemos en las dos disertaciones que sirven de epígrafe para la obra que nos ocupa. El primero está tomado de San Epifanio:

«Bajo la ley natural.... se veia prevalecer aquella fe, que hoy persiste en la Santa y Católica Iglesia de Dios; fe que florece desde el principio de las cosas, y que más tarde se manifiestó de nuevo (1).»

No podemos ménos de aplaudir esta tesis histórica, que vemos muy olvidada en nuestros libros históricos, que no se ocupan del cristianismo ó de la Iglesia sino desde la venida de Jesucristo. Pero este olvido da una falsa idea de su origen, de sus enseñanzas y de su influencia en el mundo antiguo. San Epifanio está aquí completamente de acuerdo con San Agustín, que en términos aún más explicitos dice:

«Este mismo asunto, que ahora llamamos *Religion cristiana*, existia tambien entre los antiguos, y jamás dejó de existir desde el principio del género humano hasta el dia en que el mismo Cristo encarnó, época en que la verdadera religion, que ya existia, comenzó á llamarse cristiana (2).»

Repetimos que no podemos ménos de aplaudir el fin de los trabajos de M. Paravey. Tienen algunos puntos relativos á la defensa bíblica, que nosotros no admitiríamos, pero son

(1) San Epifanio. *Contra las herejías*. l. 1.; Heresia 1, núm. 5; véase el texto en sus *Obras*, en la *Patrología griega* de Migne, t. 41, p. 181 y en los *Anales*, t. 20, p. 131 (série 4.^a)

(2) Véase el texto en la obra *De civit. Dei*, l. 18, c. 51; *Part. lat.*, t. 41, p. 614, y en *Retract* l. 1, c. 13, núm. 3; *Ibid.*, t. 39, p. 603, y en los *Anales*, t. 20, p. 132 (série 4.^a)